

# PRESENTACIÓN

Karl Mannheim (Budapest, 1893-1947) es conocido fundamentalmente por su contribución al nacimiento de la sociología del conocimiento, de la que se ocupó en su llamada «etapa alemana». En ella estudió a fondo cuestiones como el concepto de ideología o la misión de los intelectuales. Sin embargo, resulta menos conocido su «período inglés» en la London School of Economics, cuando subraya la importancia de los valores, la educación y la religión para preservar la democracia frente al auge de los totalitarismos nazi y soviético.

En esos años previos a la Segunda Guerra Mundial, en los que deja atrás sus influencias marxistas, se plantea cómo reconstruir las democracias liberales en una Europa dividida por distintas visiones del mundo. En su opinión, había que apartarse del desequilibrio de las ideologías que, o bien inclinaban la balanza hacia el individuo, o bien lo hacían hacia la sociedad.

Para Mannheim, la sociedad moderna de masas no podía funcionar sin una dirección racional, como había ocurrido en la época del *laissez faire* anterior a la guerra. Por eso, toma del socialismo la idea de la planificación, pero una planificación que respete la libertad. Al mismo tiempo, asume del liberalismo el compromiso con la autonomía individual, pero orientada a un sistema de valores o fines sociales. Sobre estos pilares empieza a trabajar, a mediados de los años treinta, en su propuesta de «planificar para la libertad».

Pero el Estado social, que por entonces ayudó a desarrollar uno de los anfitriones de Mannheim en Inglaterra, sir William Beveridge, es solo un aspecto del proyecto de reconstrucción del sociólogo húngaro. En su libro *Diagnóstico de nuestro tiempo* (1943) vincula la planificación al ideal de la «democracia militante», una tercera vía entre el dirigismo de los sistemas totalitarios y el *laissez faire* relativista. Sostiene que una de las condiciones que han hecho posible el avance de los totalitarismos en Europa ha sido la irresponsable inhibición de un tipo de pensamiento democrático –característico de la República de Weimar– que confunde «la tolerancia con la neutralidad respecto de lo justo y lo injusto»<sup>1</sup>.

Frente a quienes identifican la democracia con el relativismo ético, Mannheim piensa que el ideal democrático no está reñido con la firmeza de convicciones:

Ni la tolerancia democrática, ni la objetividad científica significan que debemos abstenernos de tomar posiciones firmes frente a lo que creemos verdadero, o que debemos evitar la discusión de los fines y los valores últimos de la vida<sup>2</sup>.

A diferencia de otras terceras vías, la de Mannheim, por tanto, no se limita a ofrecer un camino intermedio entre dos modelos económicos. Antes que nada, la suya es una propuesta de convivencia ciudadana que invita a repensar los fundamentos sobre los que se asientan las democracias liberales. Le interesa, sí, el papel del Estado en la reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Pero también el del individuo y el de las comunidades intermedias.

Expulsado de la Universidad de Frankfurt por izquierdista y judío tras el ascenso de Hitler al poder, Mannheim hace un diag-

---

1 MANNHEIM, K. (1994), *Diagnóstico de nuestro tiempo*, versión española de José Medina Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, p. 72.

2 *Ibid.*, p. 95.

nóstico de las condiciones sociales e intelectuales que han hecho posible el avance de los totalitarismos en Europa. Y después, en sintonía con ese diagnóstico, trata de dilucidar una cuestión: ¿debe el Estado ser éticamente neutro, al estilo del *laissez faire* que imperó en la República de Weimar, o debe tomar partido por unos valores que se consideran comunes a todos? Y en este último caso, ¿cómo evitar que el compromiso del Estado con esos valores básicos degeneren en la planificación totalitaria?

La respuesta de Mannheim a estas preguntas es más matizada de lo que piensan sus principales detractores; entre otros, el economista Friedrich Hayek y el filósofo Karl Popper, colegas suyos en la London School of Economics. No hay que olvidar que las propuestas económicas de Mannheim solo son una parte pequeña de la gran preocupación que le ocupa en Inglaterra: cómo articular la convivencia pacífica en una sociedad dividida por distintas concepciones del mundo.

Y tampoco hay que pasar por alto que su respuesta a ese problema está muy condicionada por el dramático momento histórico que le tocó vivir, algo que a menudo olvidan sus críticos. El suyo no es un planteamiento abstracto y alejado de la realidad, sino la confirmación de una de las afirmaciones que mejor resume su etapa inglesa: «Todo pensamiento político formula sus términos fundamentales *ad hoc* de acuerdo con las circunstancias especiales de la época»<sup>3</sup>.

Con todo, vienen bien la cautela y el sentido crítico ante algunas de las propuestas de Mannheim que, si bien aciertan a anticipar preocupaciones del debate político contemporáneo, requieren de un serio escrutinio para evitar posibles derivas antidemocráticas.

Mannheim quiere forjar un «hombre nuevo» que plante cara al «hombre nuevo» nazi y soviético. La intención es loable. Otra cosa es que ese fin bueno sea suficiente para justificar el inter-

---

3 MANNHEIM, K. (1946), *Libertad y planificación social*, traducción de Rubén Landa, 2ª edición española, México, Fondo de Cultura Económica, p. 16.

vencionismo moral del Estado. Esto es lo que hay que discutir. Y también, en su caso, si de verdad se da ese intervencionismo moral y en qué grado. Aquí viene bien tener en cuenta la opinión de Edward Shils, destacado sociólogo estadounidense que tradujo a Mannheim del alemán al inglés y quien deja constancia de lo difícil que resulta a veces interpretarle:

Sus formulaciones fueron vagas y en casi todo lo que escribió hay una irritante ambigüedad, pero se interesó por temas muy importantes. El proverbio que afirma que los errores de una mente superior son más interesantes que los aciertos de otra mediocre resulta verdadero por lo que respecta a Mannheim. Tuvo el gran don de tocar temas vitales y enigmáticos<sup>4</sup>.

Esta monografía corrige, actualiza y reelabora de forma profunda y sustancial la tesis doctoral que defendí en abril de 2010 en el Departamento de Sociología I (Teoría, Metodología y Cambio Social) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), bajo el título *Democracia y valores en Karl Mannheim*<sup>5</sup>. Dirigió la tesis el profesor Enrique Martín López, fallecido en 2014. Disfruté durante cuatro años de su magisterio en el Instituto de Estudios de la Familia de la Universidad CEU San Pablo, y ahora espero que la publicación de este libro sirva como homenaje. Fue un honor aprender de él: siempre amable, siempre disponible, siempre dispuesto a compartir conmigo sus ideas más sugerentes sobre la vida y la sociología.

También estoy profundamente agradecido al profesor José Almaraz Pestana, codirector de la tesis y buen amigo de Martín López. Fue él quien me sugirió la idea de conectar la obra de Mannheim con la tercera vía propuesta por el sociólogo británi-

---

4 SHILS, E. (1975), «Mannheim, Karl», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, vol. 6, p. 747.

5 Avancé una síntesis de las principales conclusiones en mi artículo «Mannheim y Hayek: el Estado en una época de reconstrucción», *Aceprensa*, 28 febrero 2017. Algunos párrafos de esta presentación son deudores de ese artículo.

co Anthony Giddens. Y fue él quien me facilitó los trámites para la defensa de la tesis en la UNED.

Asimismo, agradezco a los profesores José María Garrido Bermúdez y Vanessa Gil Rodríguez de Clara las facilidades que me dieron para realizar la tesis, posible gracias a una beca de Formación de Personal Investigador concedida por el mencionado Instituto de Estudios de la Familia.

Madrid, enero de 2024

# KARL MANNHEIM, SOCIÓLOGO Y REFORMADOR

El Hombre es lo que importa.  
El Hombre ahí,  
desnudo bajo la noche y frente al misterio,  
con su tragedia a cuestas,  
con su verdadera tragedia,  
con su única tragedia...

*León Felipe*

## 1. SOCIOLOGÍA DE FRONTERA

La vida y la obra de Karl Mannheim están condicionadas por los dramáticos acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo xx<sup>6</sup>. La Primera Guerra Mundial (1914-1918), los gobiernos revolucionarios húngaros de 1918-1919 y su posterior represión, la República de Weimar (1918-1933), el ascenso de Hitler al poder (1933) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) dejaron huella en su manera de entender la sociología. Así lo explica Louis Wirth en el prefacio a *Ideología y utopía*:

---

6 Para una exposición detallada de la vida de Mannheim, véase: USÓN PÉREZ, V. (1990), *Libertad y planificación. La «planificación para la libertad» de Karl Mannheim*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 30-92. Sobre el contexto sociopolítico, véase REMMLING, G. W. (1982), *La sociología de Karl Mannheim*, traducción española de Rafael Lassaleta, México, Fondo de Cultura Económica.

Es de dudarse que se hubiera podido escribir en cualquier otra época, pues las cuestiones que trata, aun cuando son fundamentales, solo podían surgir en una sociedad y en una época marcadas por una profunda confusión social e intelectual<sup>7</sup>.

En ese momento caótico, Mannheim rehúsa entender la sociología como una disciplina dedicada a la pura recolección de datos. Por el contrario, ve en ella un ámbito del saber particularmente idóneo para realizar diagnósticos sobre los males de la sociedad de su tiempo y para proponer terapias que contribuyan a remediarlos.

En su caso, esta manera de hacer sociología está influida por su propio talante conciliador. Un rasgo de la personalidad de Mannheim que, francamente, no podía ser más oportuno en una época de fuertes enfrentamientos ideológicos. Lo interesante es que, para Mannheim, la tolerancia no debía dar la espalda a la búsqueda de la verdad ni al discernimiento de valores estables. Tolerancia y verdad, viene a decir, no solo no se contraponen, sino que se refuerzan mutuamente. En cambio, es la obstinación en el relativismo lo que nos deja desprotegidos frente a la contundencia de los totalitarismos.

Al mismo tiempo, Mannheim hizo una opción preferencial por lo que podríamos llamar una «sociología de frontera». Forzado en dos ocasiones al exilio, aprendió a moverse en los márgenes de distintas culturas y comprendió que, también en esos espacios donde colisionan mundos diferentes, podía surgir una energía nueva, una comprensión más honda de los problemas sociales. «Dos veces en su vida tuvo la experiencia del exilio y dos veces tuvo que encontrar la voz y el lenguaje propios del recién llegado», escriben David Kettler, Volker Meja y Nico Stehr en una de las obras que mejor han ahondado en las preocupaciones intelectuales del sociólogo húngaro<sup>8</sup>.

---

7 WIRTH, L., «Prefacio», en MANNHEIM, K. (1997), *Ideología y utopía*, Fondo de Cultura Económica, p. XXVII.

8 KETTLER, D., MEJA, V. y STEHR, N. (1995), *Karl Mannheim*, traducción española de Francisco González Aramburo, 1ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, p. 7.

Pero, como estos mismos autores aclaran, la vida en la frontera no fue solo una imposición de las circunstancias históricas: también hubo una elección personal. Ejemplos inequívocos son su voluntad de poner a dialogar a la sociología y a la filosofía, o a la cultura anglosajona y a la alemana<sup>9</sup>.

De ahí que sea tan difícil poner una etiqueta a Mannheim. A cada foro intelectual en que participó llevó su independencia de criterio: era judío agnóstico, pero a la vez un convencido defensor de la aportación que el cristianismo podía hacer a la sociedad; era partidario del liberalismo progresista entre marxistas, pero también favorable al Estado social entre liberales; era filósofo entre sociólogos empiristas, pero también científico social entre filósofos... Y en ninguna de estas posiciones vio contradicción alguna; más bien, su estilo de pensamiento tendía a integrar lo que otros se empeñaban en contraponer.

El sociólogo húngaro vivió la experiencia de sus dos exilios como una oportunidad privilegiada para «servir como intérprete viviente entre culturas diferentes y de crear comunicaciones vivas entre mundos diversos que hasta ahora se han mantenido aparte», como él mismo escribió acerca de la función social del refugiado<sup>10</sup>.

Pienso que estas cualidades hacen la figura de Mannheim particularmente atractiva, por mucho que no esté de acuerdo con todos sus diagnósticos y terapias. De él cabe aprender, sobre todo, su empeño por mediar entre distintas concepciones del mundo en un momento histórico en que Europa andaba desgarrada por dos guerras mundiales. A la vez, tenía muy claro que el esfuerzo por comprender las posiciones en conflicto no debía conducir a la creación de falsos terrenos comunes, ni a la irresponsable equidistancia en una época de totalitarismos.

No minimizó el conflicto entre visiones del mundo, pero tampoco se quedó enganchado en él. Constató que existía, asumió que iba a seguir allí durante mucho tiempo y procuró generar algo distinto.

---

9 Véase *ibid.*, p. 22.

10 MANNHEIM, K. (1945), «The Function of the Refugee», *The New English Weekly*, núm. 27, 19 abril, pp. 5-6.

Su objetivo final era evidente: en una sociedad escindida y en lucha –sostiene Emilio Lamo de Espinosa–, Mannheim trata de restablecer un discurso objetivo que pueda servir de canal de comunicación no distorsionado entre los diversos contendientes. Su finalidad última es así la de la sociología clásica: restablecer el consenso social<sup>11</sup>.

## 2. MANNHEIM Y SU TIEMPO

Karl Mannheim nació en Budapest el 27 de marzo de 1893 y murió de forma prematura en Londres por una pulmonía, a los 53 años, el 9 de enero de 1947. Entremedias, hay una vida animada por el deseo de dar respuesta a algunos de los problemas políticos y sociales más serios de su tiempo: ¿a qué se debe el avance de los totalitarismos?, ¿son compatibles la planificación y la libertad?, ¿es posible una democracia sin valores?, ¿a qué contenidos debería ceñirse la educación cívica?, ¿cómo controlar democráticamente el poder en una sociedad de masas?, etc.

¿Por qué se interesa Mannheim por estas cuestiones? Sin duda, la respuesta hay que buscarla en la seriedad del momento histórico que le tocó vivir. Si es verdad que los intereses de Mannheim en sus primeros años de formación le sitúan en el reino de la abstracción, a medida que acumula experiencias vuelve los ojos a problemas sociales y políticos encarnados en circunstancias concretas.

Por eso, es interesante conocer la biografía de Mannheim: porque en ella encontramos «la clave para entender la genealogía de sus ideas», en palabras de Enrique Martín López. Pero, a la vez, debemos aceptar el hecho de que «el conocimiento que de su vida tenemos está lleno de lagunas y lo que de él se sabe ha sido con frecuencia malinterpretado», sea por las continuas

---

11 LAMO DE ESPINOSA, E. (1993), «En el centenario de Karl Mannheim (1893-1947)», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, abril-junio, p. 10. Ver también SHILS, E. (1975), «Mannheim, Karl», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, vol. 6, p. 744.

migraciones que hizo a otros países, sea por su personalidad discreta y esquiva. «En torno a su figura hay un halo misterioso y lejano, que L. Charles Cooper pretendió aprehender conceptualmente cuando le llamó “Príncipe Hindú”»<sup>12</sup>.

## 2.1. HUNGRÍA: LA INDEPENDENCIA, LOS «CHICOS DE LENIN» Y EL «TERROR BLANCO»

Mannheim nace en el seno de una familia judía de clase media, y pasa su infancia y juventud en Budapest. Desde joven, muestra pasión por la vida intelectual. Tras obtener el grado de bachiller en humanidades, comienza a estudiar filosofía en 1910. En esos años conoce a su primer mentor, el filósofo y crítico literario Georg Lukács, por entonces más interesado en el neokantismo que en el marxismo.

Completa sus estudios con varias estancias en universidades europeas: durante el curso 1912-13 asiste en Berlín a las clases de Georg Simmel; en 1914, a las de Henri Bergson en París; luego pasa por Friburgo y Heidelberg. Poco antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, regresa a Budapest y participa activamente en las actividades de diferentes instituciones y movimientos culturales, entre los que destaca la Escuela Libre de Ciencias Sociales, fundada por el politólogo Oszkár Jászi.

---

12 MARTÍN LÓPEZ, E., «Conocimiento y acción social. Karl Mannheim: las cuatro etapas de su producción científica». El texto de este artículo me lo dio personalmente el propio Enrique Martín López, director de mi tesis doctoral. Hasta ahora, no lo he encontrado publicado. Es posible que el texto sea el mismo al que alude Ignacio Sánchez de la Yncera en una nota a pie de página de su artículo «Crisis y orientación. Apuntes sobre el pensamiento de Karl Mannheim», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, abril-junio 1993, pp. 20-21. Sánchez de la Yncera reconoce cómo le ilustraron unos comentarios de Martín López «surgidos en el curso de la conversación personal, pero también a una conferencia sobre Mannheim, dictada por Martín López durante el curso 1988-89, a la que tuve ocasión de asistir y cuyo texto original, que aún no ha sido publicado, conservo. Confieso que mi interés por trabajar en profundidad la obra de Mannheim creció con ímpetu a partir de aquella luminosa sesión». Lo mismo puedo afirmar yo respecto del artículo que cito.

Durante sus años universitarios y posteriores, se empa- pa de la filosofía y la sociología alemanas: Kant, Hegel, Marx, Ernst Troeltsch, Max Scheler, Max Weber, Leopoldo von Wiese, Ferdinand Tönnies<sup>13</sup> ...

En 1915 inicia su relación con el Círculo Dominical, fundado por Lukács. Allí conoce a otros intelectuales de Budapest, como el escritor Béla Balázs, el músico Béla Bartok o el historiador del arte Arnold Hauser. El grupo se reúne todos los domingos para hablar sobre los problemas de la cultura europea contemporánea. Con muchos de ellos coincide también en la Escuela Libre de Humanidades.

En 1917, imparte su conferencia «Alma y cultura», en la que aboga por un «redespertar de la espiritualidad» frente al positivismo. Para ello, propone volver a autores como el Maestro Eckhart, Kant, Dostoievski o Kierkegaard<sup>14</sup>. Su apacible vida intelectual salta por los aires con los acelerados cambios políticos que se suceden en Hungría entre 1918 y 1920.

El 30 de octubre de 1918, se produce en Budapest un alzamiento –tolerado por el ejército– contra el gobierno dependiente del emperador Carlos I de Austria y IV de Hungría. Al día siguiente, es nombrado primer ministro Mihály Károlyi, que encabeza un gobierno formado por una coalición de partidos de centroizquierda. Entre las prioridades de la coalición está lograr la independencia de Hungría, promover la democracia y los derechos civiles (sufragio femenino, trato igual a las minorías nacionales, liberación de los presos políticos...), impulsar una reforma agraria, etc.

El 9 de noviembre de 1918, tres días antes de que acabe la Primera Guerra Mundial, Mannheim obtiene el grado de doctor en filosofía en la Universidad de Budapest, con una tesis titulada *El análisis estructural de la epistemología*.

---

13 Sobre las influencias intelectuales de Mannheim, véase SÁNCHEZ DE LA YNCERA, I., *op. cit.*, pp. 17-43.

14 Véase LAMO DE ESPINOSA, E. (1993) «En el centenario de Karl Mannheim (1893-1947)», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, abril-junio, p. 8.

Una semana después, el 16 de noviembre, se disuelve el Imperio austrohúngaro y se proclama la independencia de Hungría. Károlyi, que cuenta con un amplio respaldo social, es nombrado presidente de la recién inaugurada República Popular de Hungría (1918-1919).

Pero las grandes expectativas puestas en el nuevo gobierno se desvanecen rápidamente, en parte por el caos institucional interno, y en parte por las disputas territoriales con los países vecinos. Las esperadas reformas de Károlyi no terminan de llegar y, en pocos meses, la ilusión da paso al descontento, una de cuyas manifestaciones más graves es el auge de la derecha y la izquierda extremas.

Esta radicalización de la sociedad húngara debió de estar muy presente en la mente de Mannheim cuando, años después, escribe sobre la necesidad de desarrollar una ciencia política que contrarreste el irracionalismo de las masas.

Ante la incapacidad del gobierno de sacar adelante su plan de reformas y de hacer frente a las exigencias territoriales de la Entente, Karolyi y los suyos dimiten el 20 de marzo de 1919. Su idea es formar un nuevo gobierno socialista, pero el consejo de soldados exige que los comunistas también asuman el poder. Los socialdemócratas ceden y forman una coalición en la que los comunistas llevan la voz cantante. Al día siguiente, instauran la República Soviética Húngara.

En aquellas fechas ya es patente el distanciamiento entre Mannheim y Lukács. Si Mannheim sintoniza con el reformismo de corte liberal progresista de Károlyi y Oszkár Jászi, hombres clave en la fallida República Popular de Hungría, Lúkacs y sus colegas del Círculo Dominical ingresan en el Partido Comunista, fundado pocos meses antes por Béla Kun.

Lukács se proclama marxista en 1918<sup>15</sup>. Mannheim rompe con él pocos meses después, en buena medida porque discrepa de sus planteamientos revolucionarios. Además, Mannheim

---

15 Véase KETTLER, D., MEJA, V. y STEHR, N., *op. cit.*, pp. 64-65.

rehúsa afiliarse al Partido Comunista y se mantiene al margen del nuevo régimen, aunque sí accede a enseñar filosofía en la Universidad de Budapest cuando esta fue reorganizada en abril de 1919. Sobre la independencia de criterio de Mannheim deja constancia el ya citado Arnold Hauser: «Con el tiempo, su espíritu crítico destacó aún más, en la medida en que nosotros nos volvimos tan receptivos para los dogmas de Lukács»<sup>16</sup>.

En poco tiempo, el gobierno comunista de Béla Kun se vuelve muy impopular, también entre las clases a las que se supone iba a beneficiar: las reformas sociales encaminadas a mejorar las condiciones de vida de obreros y campesinos no logran compensar el descontento que cala en todos los estratos sociales. Hay hambre, supresión de libertades, inflación, nacionalizaciones, corrupción, arbitrariedad en nombre de la dictadura del proletariado, incertidumbre ante el avance del ejército rumano...

Y a medida que crece la oposición de la calle, también aumenta la intensidad de la represión del gobierno. Particularmente sangrienta es la purga que se desata en junio para sofocar las revueltas ciudadanas. A sembrar el «terror rojo», que incluye ejecuciones sumarias, contribuye una oscura cuadrilla de matones rusos conocidos como «los chicos de Lenin», tolerada por el gobierno.

La caída del régimen se precipita cuando los sindicatos se plantan y retiran su apoyo al gobierno. Este cede el poder a los socialdemócratas el 1 de agosto de 1919. El 2 de agosto abolen la república soviética. Y el 3, las tropas rumanas entran en Budapest hasta acabar ocupando prácticamente todo el país.

Entretanto, el militar derechista Miklós Horthy, quien se había exiliado para huir del comunismo, regresa a Hungría al frente de un ejército que alberga en sus filas a violentos grupos nacionalistas con sed de venganza. Comienza entonces el llamado «terror blanco» (1919-1921), un período de represión que incluye tortu-

---

16 HAUSER, A., citado por USÓN PÉREZ, V., *Libertad y planificación. La «planificación para la libertad» de Karl Mannheim*, p. 38.